

CAPITULO II.



El gran recuerdo histórico que para los mexicanos y para el mundo entero encierra Querétaro, y el deseo de avivar esa memoria, hasta donde sea posible, facilitando á los viajeros el conocimiento minucioso y localizado de la tragedia de 1867, han sugerido al activo é inteligente Gobernador del Estado un pensamiento feliz que no sabemos si logrará poner en ejecucion.

Trátase de reconstruir las trincheras y fortificaciones de la plaza durante el asedio memorable, indicándolas de una manera sencilla, por medio de divisiones de madera, marcando en cada lugar, sobre planchas ó carteles, los asaltos notables y sucesos de mayor importancia que se verificaron.

Igualmente intenta en estos momentos el Sr. Cosío señalar á los viajeros por medio de tres piedras labradas que deséa colocar en el Cerro de las Campanas, los lugares precisos en que se hicieron las ejecuciones con que se dió trágica muerte al Imperio. Esas piedras son como de un metro de elevacion, de cantera color de rosa, sencillas, y sin la menor apariencia de monumentos. No tienen más inscripciones que éstas:

MAXIMILIANO..... 19 DE JUNIO DE 1867.
MIRAMON..... 19 DE JUNIO DE 1867.
MEJIA..... 19 DE JUNIO DE 1867.

Es de temerse, sin embargo, que esos útiles indicantes que tanto satisfarían la legítima curiosidad de los viajeros, no puedan ser colocados en el histórico Cerro, á causa, segun se nos asegura, de que la señora propietaria del terreno á que pertenece la pequeña eminencia de las Campanas, se opone tenazmente á permitirlo.

Si al ménos aquella señora se decidiera á hacer, por sí misma, el servicio que el Sr. Gobernador Cosío trata de prestar á los viajeros, habría que deplorar ménos su resistencia.

Dicho esto, y deseando que para facilidad de los visitantes á la Exposicion, los pensamientos del Sr. Cosío se lleven á cabo, vamos ya á recordar, á grandes rasgos, el memorable sitio de Querétaro, siguiendo para ello la narracion imparcial, fiel y clara de un testigo de aquel drama, el subteniente Alberto Hans, cuya obra sobre Querétaro es reputada por los inteligentes como la más verídica y exacta de cuantas hasta el dia se han publicado acerca de aquellos inolvidables sucesos.

Las escasas y mal organizadas fuerzas con que contaba Maximiliano en Querétaro, adonde le había traído la série de acontecimientos que nadie ignora, fueron engrosadas el dia 23 de Febrero de 1867 por la division del general Méndez que, procedente de Morelia, se replegaba á Querétaro por órden del Archiduque.

Esa division se componía del batallon del Emperador, cuerpo formado por el mismo Méndez, el cual le profesaba un gran cariño, y que, segun el narrador citado, tenía una organizacion excelente; los batallones de Iturbide, 3º y 12º de línea y el de milicia de Zamora. La caballería contaba los regimientos 4º y 5º de lanceros y algunos escuadrones irregulares de guardias rurales. La artillería constaba sólo de la 8ª batería.

Este refuerzo, en el que Maximiliano y sus generales tenían grande esperanza para el éxito de las operaciones que se meditaban, fué recibido con verdadero júbilo.

El Emperador en persona salió á pasar revista á las tropas que llegaban, ántes de que penetrasen á Querétaro, y despertó en ellas el entusiasmo de la adhesion que los soldados imperiales profesaron á aquel desgraciado Príncipe.

Al mismo tiempo que penetraba á la plaza la division Méndez, pasaban revista en el llano de Carretas las fuerzas estacionadas ántes en la poblacion, las cuales, segun el dicho de Hans, estaban en un estado propio para producir el mayor desaliento. Esas fuerzas se componían de una compañía de ingenieros, el cuerpo de cazadores franco-mexicanos, el de Guardia municipal de México, el 7º de línea, los tiradores de la frontera, el batallon de Celaya, el regimineto de la Emperatriz, un escuadron de la Guardia municipal de México, otro de húsares austro-mexicanos y algunos otros que no eran sino bandas indisciplinadas y sin organizacion. Los dos regimientos de voluntarios de la frontera que mandaba el coronel Quiroga parece, no obstante, que estaban suficientemente armados y equipados, y sobre todo, muy bien mandados.

Desde aquel día hubo en Querétaro nueve mil hombres con cuarenta piezas de artillería que fué el total á que ascendieron las fuerzas recién llegadas unidas á las ya existentes en la plaza.

Maximiliano dió un banquete á los oficiales superiores de la brigada Mendez, pocos dias después de la llegada de ésta, pues ya entónces trataba de reparar el desprecio en que siempre tuvo á los soldados mexicanos y su negligencia en organizar y atender un ejército puramente nacional. El historiador, cuya narracion seguimos, atribuye á esa grave falta de Maximiliano su ruidosa caída.

Sabiéndose que el enemigo se acercaba por todas partes, se tuvo gran prisa en organizar las fuerzas de que se disponía, bien fuese para librar una gran batalla decisiva, que era el pensamiento dominante, bien para resistir con buen éxito un asedio. Se reformaron, pues, los cuadros, se aumentó el efectivo de algunos cuerpos demasiado débiles y se organizaron los servicios lo mejor que se pudo.

A Miramon se le dió el mando de todas las infanterías; á Mejía el de las caballerías y al coronel Arellano el de la artillería. El coronel Reyes fué encargado del de los ingenieros. El general D. Severo del Castillo reemplazó á Márquez, como jefe de Estado Mayor, cuando el segundo partió para México. Se creó, además, una brigada de reserva, cuyo mando se encomendó á Mendez.

Los imperiales alimentaban por aquellos dias la esperanza de que de un momento á otro les llegase el refuerzo del general Olvera con dos ó tres mil indios montañeses: esa esperanza salió fallida.

D. Santiago Vidaurri fué nombrado Ministro de la Guerra.

En la hipótesis de una marcha próxima para el Interior, que era en lo que se pensaba, se puso, no obstante, á la ciudad al abrigo de una sorpresa por medio de fuertes atrincheramientos.

A pesar de todos estos preparativos bélicos, parece que en los últimos dias que precedieron al sitio reinaba en la ciudad la mayor animacion.

El día 4 de Marzo se anunció la inmediata aproximacion de las huestes republicanas, y en el campo imperialista se aceleraron los preparativos para librar la batalla decisiva en que se pensaba.

Los paladines de la segunda independencía se acercaban al mismo tiempo por el camino de San Luis Potosí al mando del general Mariano Escobedo, y por el de Acámbaro á las órdenes del jóven y audaz general Ramon Corona.

Los preparativos y las órdenes dictadas á los imperialistas hicieron créer en la inminencia de un combate.

En la mañana del 6 las fuerzas de Maximiliano estaban tendidas en batalla frente á la ciudad, formando un triángulo acutángulo cuyo vértice se apoyaba en el Cerro de las Campanas; pero pasaron las horas y la batalla no se intentó ni los republicanos atacaron, sino que se les dejó acampar tranquilamente á la vista de la ciudad.

Maximiliano había establecido su cuartel general en el Cerro de las Campanas y, segun un testigo presencial, dormía en el suelo, envuelto en un sarape jaspeado, las pocas horas que consagraba al descanso. Por las mañanas montaba á caballo y se ponía á recorrer las líneas.

En el Cerro de las Campanas se reunían muchas veces Maximiliano, Miramon, Márquez, Mejía, Méndez, Castillo y Arellano para deliberar sobre los negocios diarios y para observar el campo republicano.

El Cerro de las Campanas, como lo verán por sí mismos los visitantes á la Exposicion, es una pequeña eminencia situada al Noroeste de la ciudad, desde la cual se dominan completamente los caminos de San Luis Potosí y de Celaya, y en la que se disfruta de un bellissimo panorama, divisándose las alturas todas que rodean á Querétaro así como el apiñado caserío de la ciudad, coronada por esbeltas torres y graciosas cúpulas.

Tal era el campo de los sitiados, al cual nos referimos de preferencia por razon de que la curiosidad y el interés de los viajeros que van á la Exposicion queretana, se desarrollarán principalmente dentro de la poblacion y muy pocos tendrán tiempo disponible para hacer largas excursiones á las afueras de la ciudad.

Seguirémos, pues, nuestra narracion tal como si hubiésemos permanecido dentro del recinto de las trincheras y no hubiéramos podido observar sino las operaciones del campo imperialista.

Pero no nos impedirá esa resolucion recordar que á aquel sitio inolvidable concurrieron nuestros mejores y más patriotas jefes nacionales, entre los cuales son dignos de especial mencion, Escobedo, Corona, Régules, Treviño, Riva Palacio, Antillon, Paz, Echeagaray, Aureliano Rivera, Altamirano, Arce, Zepeda, Vélez, Jiménez y algunos otros á quienes el país guardará siempre la gratitud debida á sus nobles y generosos esfuerzos en favor de la independencia de la patria.

Segun datos bastante verosímiles, las tropas que sitiaban á Querétaro contaban, al comenzar el asedio, con unos 15 ó 16 mil hombres, los cuales se aumentaron sin cesar con los refuerzos que el entusiasmo nacional enviaba á cada momento, contándose el 15 de Mayo 32 mil hombres al mando del general en jefe Sr. Escobedo.

El 12 de Marzo se encomendó al general Castillo que practicase un reconocimiento por el camino de San Luis, á fin de cerciorarse si por ese rumbo había fuerzas republicanas.

El historiador que nos sirve de guia, dice que aquel movimiento fué ejecutado con buen éxito, habiendo herido de gravedad al coronel republicano Villasana. Agrega que los Cazadores franco-mexicanos, hicieron prodigios de valor en aquella jornada.

En la tarde del mismo dia se establecieron las fuerzas sitiadas frente á las sitiadoras en una nueva línea á lo largo del rio apoyando el extremo izquierdo en el Cerro de las Campanas, y el derecho sobre el convento de la Cruz. Esta línea de defensa fué la que los imperialistas sostuvieron heroicamente durante el sitio, con un arrojo y una decision dignos de mejor causa.

La brigada de reserva se concentró en lo que es ahora el Jardin central.

El dia 14 fué el primer combate sério de los del sitio.

Desde el amanecer se advirtió que los republicanos se aprestaban al ataque, y se puso luego una batería distribuida de manera que protejiese las partes accesibles de la Cruz.

Muy pronto las balas y las granadas caían ya á centenares sobre el edificio, el jardin y el cementerio.

Maximiliano paseaba en la plaza, dando sus órdenes, conservando la más perfecta serenidad en medio de la granizada de proyectiles que zumbaban y se estrellaban en torno suyo.

Miramón recibió instrucciones para defender la línea del Norte con la infantería y se lanzó á escape hácia el Cerro de las Campanas.

En esos momentos se generalizó la batalla. Las huestes republicanas bajaban rápidamente de las alturas de San Pablo y San Gregorio, hábilmente protegidas por una artillería bastante numerosa y servida con notable inteligencia, sobre todo, la que se estableció frente á la Cruz.

Los cañones imperiales vomitaban fuego sin cesar sobre las columnas enemigas.

Entretanto las caballerías republicanas se disponían á cargar por el Suroeste de la ciudad y allí las esperaba Don Tomás Mejía á la cabeza de sus dragones formados frente á la garita del Pueblito y á la quinta de la Casa Blanca. El jefe imperialista no esperó el ataque: cargó con sus caballerías á las que se acercaban y las obligó á retroceder hasta cerca de la *Estancia de las Vacas*.

Entretanto se efectuaba el asalto de la línea del Norte: en los momentos que le precedieron, el general Castillo recibió orden

de evacuar la orilla del río y de replegarse á la Cruz. Miramon comprendió el peligro inmenso que había en ejecutar semejante orden, y aceptando la responsabilidad de la desobediencia restableció los batallones en su primera posición. Este momento de vacilación favoreció á los republicanos, cuyo empuje era formidable y heroico, dándoles la posesión de algunos puntos que perdieron después. El ataque de la línea se repitió varias veces, siempre ardoroso y valiente, pero de nuevo fué rechazado una y otra vez.

El Príncipe de Salm, á la cabeza de los cazadores franco-mexicanos y de una parte del batallón de Celaya, logró apoderarse de una pieza rayada, cuyos fuegos certeros estaban causando estragos en las filas imperiales. El valiente oficial republicano que sostenía aquella pieza no la abandonó sino cuando hubo caído exánime y acribillado de heridas al pié de la cureña.

El convento de la Cruz era atacado al mismo tiempo con el mayor encarnizamiento. Los soldados republicanos penetraron hasta el cementerio de donde no se les desalojó sino al precio de numerosas víctimas, entre ellas el coronel Juan de Dios Rodríguez. Los asaltantes fueron perseguidos por Márquez y Arellano con grandes pérdidas.

Una segunda carga de caballería tuvo lugar entonces por el Sur de la ciudad entre los regimientos de Mejía y una fuerte columna sitiadora. La victoria tornó á proteger á los imperialistas.

Al mismo tiempo Miramon llegaba á la Alameda con infantería y artillería, desprendidas de la línea del Norte y derrotaba la reserva de las columnas que atacaban la Cruz.

Inútil es decir que en el campo de los sitiados se produjo el más ruidoso júbilo á causa de la empeñada y terrible jornada de aquel día en que la victoria les sonrió por todas partes, á pesar del arrojo indecible de nuestros soldados republicanos.

Al día siguiente de la batalla, Maximiliano condecoró las banderas de los batallones del Emperador y tercero de línea que se distinguieron en el combate.

Miramon, cuya esperanza se cifraba en una batalla decisiva contra la persistente opinión de Márquez, había obtenido, por fin,

el permiso de Maximiliano para atacar en la madrugada del día 18 las alturas que rodean á San Pablo y San Gregorio. Una equivocación del comandante de la Cruz que pensó que iba á ser batido este punto, fué causa de que Maximiliano mandase suspender el ataque anhelado por Miramon, y que iba ya á comenzar en aquellos instantes. La desesperación y la furia que se apoderaron de Miramon fueron tales, que se le vió envainar su espada convulsivamente, arrojó al suelo su sombrero y gruesas lágrimas de rabia surcaron su varonil semblante.

A contar desde aquel día, la posición de los imperiales fué empeorando de momento en momento.

Miramon hizo un día una salida á San Juanico para proveerse de víveres y forrajes, lo cual consiguió no sin ser vivamente hostilizado por los republicanos.

Un consejo de guerra posterior dispuso que Márquez fuese enviado á México para recoger las tropas allí reconcentradas, así como los recursos pecuniarios que alcanzase á reunir para auxiliar con ellos á Querétaro. Márquez y Vidaurri salieron á cumplir esta comisión, acompañados por una escolta compuesta del 5º de lanceros y los dos cuerpos fronterizos mandados por Quiroga.

En la noche del 22 al 23 Márquez salió, para no volver más, por el Sur de la ciudad, punto que aun no era circunvalado, y tomó el camino de la Sierra. Una columna republicana que se destacó en su persecución, no logró alcanzarle.

Después de la partida de Márquez se reforzaron las fortificaciones y, echando mano de todos los medios imaginables, se procedió á fabricar activamente municiones de guerra.

El día 23, gracias á un nuevo refuerzo de tropas que se recibió por los republicanos, se completó por éstos la circunvalación de la ciudad.

El 24 tuvo lugar un nuevo combate, hácia la parte Sur de la ciudad. Arellano salvó ese día la Casa Blanca que estuvo á punto de ser tomada por los sitiadores. Maximiliano, en recompensa, le nombró general. El mismo Archiduque estuvo en grave riesgo de perder la vida á causa de una granada que reventó casi á sus piés y que, sin embargo, no le tocó. Las pérdidas fueron muy